



do res-
tito fá-
c.

USC UNIVERSIDAD DEL
SAGRADO CORAZÓN

NOTA

Este documento no está disponible en línea. Puede encontrarlo en la Colección de Emilio S. Belaval en la Sala de Información e Investigación en la Biblioteca Madre María Teresa Guevara de la Universidad del Sagrado Corazón.



el señor Casanova, de esta capital.

Ponce de León. Oleo del pintor Sueco Jam'eson, regalado a Casa Blanca por el Coronel Wright.



Maravilloso cuadro arrancado a los siglos.



EL alba, que sabe de las idílicas delicias de los amores profanos doraba la mañana perezosa. Prometiase un día ebrio de sol, de esos días del trópico adornados con amulosas nubes muy blancas y muy definidas sobre el denso azul del cielo. Ya había desaparecido el hieratismo macabro de la noche y las luces irradiaban sus claridades de místicos encantos. ¡Dulce embeleso el de estas mañanas tibias y al mismo tiempo llenas de aire suave!

Entre las brumas azuladas destácase la inmensa mancha blanca del viejo castillo de los Ponce. Abre sus amplias puertas almenadas a las calles retorcidas de la arcaica ciudad, que aún duerme el sueño fatigado de una noche fogosa. Allí se alza inconfundible con las altiveces de hidalgo el austero solar. Sus espaciosas terrazas besadas por la luz matinal brindan una vez más a los ojos del visitante sus caracteres centenarios.

El cielo que a cada instante va adquiriendo contornos de encendidos colores, azul suave repudiado por nubes impolutas que poco a poco van haciendo un juego de hadas siderales hasta marcar con el rasgo caprichoso de sus rápidas circunvoluciones mil endriagos de fabulosas siluetas, deja pasar una maravillosa mo'le que se rompe cual cascada de sílfides fantásticas hasta hacer un abismo insondable de mollidas alcatifas, escapadas en líricas carreras, con giros y matices anacarados que pueblan de delirios el espacio.

Vasto portón de hierro amartillado, simulando caprichosas hojas y lengüetas estilizadas, se abre a nuestro paso dejando que se oiga el eco de las pisadas sobre la estirada planicie. A nuestra izquierda el patio es un lindo vergel bajo cuyos flamboyanes cantan los surtidores. Aquel patio que de noche diríase poblado de fantasmas, sufrió por muchos años el olvido y el abandono. Pestíferos baches y establos de bestias dañaron su evocadora gentileza de antaño. Bastó la mano de un alma comprensiva, raramente enamorada de nuestras tradiciones hispánicas, para devolverle el rico encanto de pasadas épocas, con el mismo ropaje de amapolas y arbustos, palmeras y helechos de lujuriantes verdes que hacen del descanso un opio saturador de sueños.

Rosas pálidas como novias asustadizas, mezcladas con lirios de agua que sobre el estanque resaltan como si meditaran las horas del día traen a la memoria epitalámicos coloquios y profusos suspiros de honda y apasionada ensoñación.

Hay un hechizo singular en esta entrada del viejo palacio de los Ponce. Es un cuadro arrancado de improviso a los siglos, perpetuado con todo el íntimo secreto de sus grandezas, con todo el delicado perfil de su arquitectura, estructuración eterna como el alma inmortal que le inspiró; tal parece un poema de fieras porfías y empeños bizarros, quintesencia de nobles y legendarias necezas.